

La España previsible

JUAN DIEZ NICOLAS

Catedrático de Universidad.

Secretario de Información de UCD

Publicado en: *Fenómenos de Crisis y Futuro de España*, Vol. 1, Colección *Nuestro Siglo*. Madrid: Unión Editorial, 1981, pp. 143-175.

Introducción

El título seleccionado para esta conferencia merece una explicación. En efecto, muchos me han preguntado si no habría sido mejor hablar de la España deseable en lugar de hacerlo sobre la España previsible. Otros pudieran ver en esta elección una cierta escapada futurista hacia el año 2000 con el fin de eludir realidades presentes más comprometedoras.

Pues bien, he seleccionado este tema por varias razones que trataré de explicar brevemente. En primer lugar, porque se ajusta a la temática general del ciclo que para este curso académico ha escogido el Club Siglo XXI. En segundo término, porque, como intentaré demostrar, lo que le suceda a España en los próximos años y décadas va a tener mucho que ver con los acontecimientos generales en el mundo, y más específicamente en el mundo occidental. Lamentablemente, uno de los rasgos observables en nuestra clase política es el señalado desinterés por lo que ocurre más allá de nuestras fronteras; especialmente en estos últimos años, la preocupación excesiva por cuestiones a veces nimias de nuestra política interior nos ha llevado al más profundo distanciamiento de la problemática mundial. En otras palabras, nuestras preocupaciones son profundamente provincianas. En esto, como en otras cosas, lo urgente impide ocuparse de lo importante. No sorprende, por

ello, que algunos críticos se hayan rasgado las vestiduras porque el Presidente del Gobierno dedique, según ellos, demasiado tiempo y energías a cuestiones internacionales, cuando probablemente todavía esté excesivamente absorbido, no por los grandes temas nacionales, sino por cuestiones locales e insignificantes (en términos relativos) perfectamente resolubles a otros niveles.

Por último, he querido hablar de la España previsible porque creo que la prospectiva y la futurología no tienen «buena prensa» en nuestro país, ni en el mundo de la política, ni en el de la administración, ni en el académico. No es de extrañar que tampoco la tenga entre la gente corriente. No sé si este desprecio por la prospectiva tiene que ver con el *fatum* de nuestra herencia romana o con el «todo está escrito» de nuestra herencia musulmana. En cualquier caso, poco parece preocuparnos el futuro o, al menos, poco confiamos en nuestra propia capacidad para prever lo que pueda ser nuestro futuro, y menos aún en nuestra capacidad para intentar modificarlo. En España, hablar de prospectiva o de estudios sobre el futuro sigue provocando la sonrisa más o menos escéptica e irónica de la mayoría. Se sigue confiando más en la capacidad intuitiva de algún individuo que en el estudio sistemático de relaciones, modelos y tendencias, tal y como suele ser usual en todos los países desarrollados. En el fondo, parece como si continuásemos prefiriendo los horóscopos, la astrología y las cartas del Tarot a los estudios sistemáticos y analíticos al estilo de los informes del Hudson Institute, del Club de Roma o el más reciente de Interfuturos. Esperemos que no se confirme una vez más la regla de que «se desprecia todo aquello que se ignora».

Los estudios de prospectiva parten del supuesto general de que se puede predecir, en ciertas condiciones y con ciertos márgenes de error, el futuro de las sociedades, de los grupos humanos. En realidad, ésta ha sido una vieja aspiración de la humanidad: predecir el futuro. Las ciencias sociales han pretendido contribuir a que se cumpla la fórmula acuñada por Augusto Comte: «Savoir pour prévoir pour pouvoir.» En efecto, se admite generalmente que el conocimiento científico nos proporcionará la posibilidad de predecir, y la capacidad de predecir

confiere inevitablemente poder. Así, junto al tradicional «querer es poder», habría que añadir que «saber es poder».

Pero, ¿se puede predecir el comportamiento humano? Hace ya tiempo tuve ocasión de dar mi propia respuesta a esa pregunta, que intentaré resumir aquí. Generalmente, se afirma que los seres humanos no están regulados por leyes científicas porque tienen una voluntad libre, son libres para escoger entre diferentes alternativas. A esto cabe contestar que la sociología no pretende explicar el comportamiento de un determinado individuo, sino que busca conocer las regularidades del comportamiento humano en grupo. Sin necesidad de negar el principio de la autodeterminación, cosa que ningún sociológico sensato se atrevería a hacer hoy, es sin embargo posible observar muchas regularidades en el comportamiento humano y, por consiguiente, intentar la predicción dentro de ciertos límites. Si ello no fuese posible, no habría sociedad, ya que ésta se basa en la existencia de un conjunto de *status* y *roles* entrelazados a los que van anejas ciertas expectativas de comportamiento. Pero insisto, no se trata de predecir el comportamiento individual, sino el colectivo; aparte de que la explicación y predicción en ciencias sociales no es deductiva ni teleológica, sino probabilística.

En todo caso, la predicción en sentido estricto, tal y como se utiliza en las ciencias físicas y naturales, no es todavía corriente en las ciencias sociales. Sólo mediante las proyecciones podemos aproximarnos a la predicción. Una proyección es una hipótesis basada en ciertos supuestos, que generalmente se lleva a cabo mediante el método de los componentes, de forma que se formulan distintas hipótesis para cada uno de dichos componentes, lo que produce diversos futuros alternativos.

Ahora bien, conocidas unas ciertas proyecciones para el futuro, es posible que se tomen ciertas decisiones respecto a la situación actual presente. En este caso, nos encontramos frente a la previsión.

La previsión, sin embargo, no es sino una parte de la prospectiva, que consiste en la adopción de las mencionadas decisiones fundamentalmente a la vista de las consecuencias a largo plazo.

Por último, la futurología sería el concepto más general, en

la medida en que proyecta hacia el futuro el estado actual del mundo, intentando adivinar la evolución de los acontecimientos, diferenciando lo que ya es ineludible de aquello sobre lo que todavía se puede actuar, y englobando generalmente tanto los resultados de los estudios como los métodos utilizados para obtenerlos.

La tesis principal que pienso desarrollar aquí es la de que el futuro de España, más que nunca, está íntimamente condicionado por el de los países del área occidental, debido a la enorme interrelación e interdependencia de nuestro sistema social con el de estos otros países. En consecuencia, es preciso intentar conocer cuál pueda ser ese futuro a partir del conocimiento de la presente realidad española, pero también, y muy especialmente, a partir de las tendencias previsibles en el área occidental. Ahora, menos que nunca, podemos permitirnos el ser originales y diferentes. Nuestra capacidad de actuar de forma autónoma es cada vez más reducida, pues el entorno nos condiciona cada vez en mayor medida, lo queramos o no.

Resulta cuando menos grotesco que, mientras que todo el mundo occidental ha tomado conciencia de la crisis económica y social derivada de la crisis energética, cuando todos andan preocupados por las repercusiones que estas crisis puedan tener sobre las estructuras políticas nacionales e incluso sobre las relaciones internacionales, afectando a su respectivo equilibrio actual, los españoles sigamos comportándonos como si nada hubiese pasado ni pudiese pasar. Vivimos, en definitiva, en plena «ciudad alegre y confiada».

La sociedad española, sea a nivel político o académico, ha prestado y presta muy poca atención y credibilidad a los estudios científicos sobre el futuro con el fin de adoptar las decisiones que de ellos pudieran derivarse para conseguir que se cumpla o que no se cumpla el futuro previsto.

Creo que la Administración debería contar con instituciones dedicadas específicamente al estudio sistemático del futuro a corto, medio y largo plazo en los diferentes sectores y en distintos ámbitos, con el fin de formular políticas alternativas para el presente que faciliten o impidan determinados futuros previstos. En este sentido, lamento profundamente que sólo hace

unos pocos días se haya tomado la decisión de suprimir el Instituto Nacional de Prospectiva, cuando habría que haberlo potenciado para que fuese el gran centro de encuentro de nuestros científicos, y posiblemente el coordinador de otros centros de estudios existentes en la Administración.

Quiero, asimismo, resaltar el hecho de que los pocos estudios que se hacen sobre el futuro se refieren generalmente a los aspectos económicos y tecnológicos, pero muy pocas veces se consideran los aspectos sociales, y más específicamente los cambios previsibles en la estructura social, en las actitudes y sistemas de valores, etc. Y ello a pesar de que los sociólogos profesionales predijeron con bastante exactitud desde finales de los '60 los principales cambios que se operarían en la sociedad española a medio plazo, incluidos gran parte de los cambios políticos que han caracterizado la transición política.

Y bien, puesto que según mi buen amigo Pedro Rodríguez, me dedico con afán a «desentrañar los hígados de las ocas», trataré a continuación de ofrecer una visión global de la España previsible dentro del contexto del mundo previsible.

Los cambios en la prospectiva de las últimas décadas

Estamos a veinte años del año 2000. Es la misma distancia temporal que nos separa de 1960. Aparentemente un período de tiempo muy corto y, sin embargo, cuántas cosas han pasado y cuántas, por tanto, pueden pasar.

Decir que vivimos en una época de gran cambio social, de cambio social acelerado, no solamente es tópico y falto de originalidad, sino que a fuerza de repetirlo pierde su fuerza. Y, sin embargo, es cierto. Ahí radica una de las posibles razones que explican el creciente interés en estas últimas décadas por anticipar el futuro. Pero toda prospectiva, he dicho antes, parte de la experiencia del pasado y de la realidad presente. No es, pues, de extrañar que la prospectiva, que los futuros previsibles estén bastante influenciados por el presente conocido y real. En todas las épocas históricas ha ocurrido algo semejante.

La década de los '60, ahora tan añorada y tan lejana, fue una década de optimismo generalizado, de fe en la capacidad de

la Humanidad para resolver sus problemas y para lograr libertad y prosperidad, justicia y bienestar, para todos los seres humanos. Comenzó la década con el lanzamiento de los primeros satélites artificiales y terminó con la llegada del hombre a la Luna. Los espectaculares resultados del desarrollo económico en los países occidentales a menos de dos décadas de la Segunda Guerra Mundial, y en especial la reconstrucción de los dos grandes derrotados, Alemania y Japón, llevó al convencimiento de que se podría acabar fácilmente con el subdesarrollo en el resto de los países. Muchos de los que me escuchan recordarán todavía el paso como conferenciante por el Instituto de Estudios Políticos de la «estrella» del momento en el campo económico, Rostow, que iba de un país a otro portando la «buena nueva» de las etapas del desarrollo económico. Galbraith y su tecnoestructura en la sociedad opulenta, Heilbroner y su gran ascenso, así como el redescubrimiento de los escritos de Schumpeter de los años '30 y '40, todo ello colaboraba a crear una corriente de opinión que aceptaba como irreversible el desarrollo en todos los países que ya lo habían alcanzado, y como realizable a corto o medio plazo en aquellos que todavía no lo habían logrado.

La prospectiva de los años '60 partía de dos supuestos fundamentales: el creciente desarrollo tecnológico y el creciente desarrollo económico. Si el marxismo se había propuesto como meta la utopía de la sociedad sin clases, el capitalismo aspiraba a la también utópica sociedad de consumo de masas. Estábamos complacientemente inmersos en la tradicional fe en el progreso ininterrumpido, lineal y ascendente, tan frecuente en la historia del pensamiento político y sociológico occidental.

No es, pues, de extrañar que proliferasen los libros sobre el mítico año 2000.

Por encima de todos ellos destaca el famoso *Año 2000* de Herman Kahn y Anthony Wiener, con sus equipos del Hudson Institute. En base a cinco variables principales construyen la «tendencia múltiple de base» a largo plazo. Entre los rasgos de esa tendencia predominan los positivos u optimistas; a decir verdad, sólo se menciona uno con implicaciones negativas o pesimistas: el crecimiento de los medios de destrucción ma-

siva. Bien es cierto que el futuro previsto es a veces algo más pesimista en alguno de los ocho escenarios mundiales y sobre todo en alguno de los escenarios fragmentados que presentan los autores. Pero predomina la perspectiva optimista, acorde con el sentimiento más generalizado en aquellos años.

Fruto del éxito de este libro, el Hudson Institute realizó diversos informes nacionales (encargados generalmente por los gobiernos de los respectivos países), uno de ellos sobre España, cuyo título, *El resurgir económico de España*, es ya revelador del contenido. El informe, publicado en 1975, reconoce que la economía española se ha internacionalizado, se ha abierto, pero que España no ha pasado a ser internacional en sus actitudes (coincidiendo así con lo que yo había señalado al comienzo).

Junto al estudio de Kahn y Wiener pienso que vale la pena hacer referencia a otro, que ha pasado más inadvertido, y que, sin embargo, hace referencia a los cambios previsibles en las estructuras sociales, en las actitudes individuales y en los comportamientos sociales. Se trata de la investigación realizada en casi una veintena de países a finales de los años '60 por el Centro de Coordinación en Ciencias Sociales de Viena sobre las *Imágenes del mundo* en el año 2000, cuyos resultados están totalmente influidos por el ambiente social optimista y confiado de los años '60. Se trataba de conocer las relaciones entre ciertas variables estructurales e individuales y un conjunto de actitudes y comportamientos, para, en base a los cambios previsibles en dichas variables, anticipar los cambios que se podían esperar en las actitudes y comportamientos. También se pretendía inferir el futuro a partir de lo que la gente esperaba o deseaba que sucediese.

Tres conclusiones sobresalen, sin embargo, de entre las muchas que se presentan: la importancia que parece que seguirá teniendo el estado nacional como actor principal en el teatro mundial, la falta de imaginación social para desprenderse de la realidad en que se vive, y la contradicción entre capacidades y motivaciones. Respecto a esto último, resulta muy sugerente descubrir que, mientras los más influyentes predicen sucesos que no desean, los menos influyentes desean sucesos que no creen que ocurrirán. Este pesimismo de las minorías se corres-

ponde, a nivel de nación, con la fatiga de desarrollo observable en los países más desarrollados, y para mí constituye precisamente uno de los principales hallazgos del estudio, puesto que parece un preludio de lo que sucedería después.

En efecto, la década de los '70 se presenta, especialmente en el mundo occidental, como una década esencialmente pesimista. Las preocupaciones proceden especialmente de tres grandes cuestiones: *crecimiento acelerado de la población, disminución acelerada de los recursos, y degradación creciente del medio ambiente físico y sociocultural.*

Muchas son las voces que se alzaron, incluso antes de la crisis energética, para señalar los peligros que amenazan a la Humanidad.

Para Ehrlich y Ehrlich la situación puede resumirse así: 1) nuestro planeta está hoy fuertemente poblado; 2) el número absoluto y el índice de crecimiento de la población constituyen obstáculos insuperables; 3) están a punto de alcanzarse los límites de la capacidad humana de producir alimentos por medios convencionales; 4) los intentos por aumentar la producción de alimentos acelerarán el deterioro del medio ambiente; 5) hay razones para creer que el crecimiento de la población aumenta la probabilidad de una epidemia mundial letal y de una guerra termonuclear; 6) no existe una panacea tecnológica para resolver la crisis demográfica-alimenticia-ambiental, aunque un cambio en las actitudes humanas podría proporcionar soluciones. Todo parece apuntar hacia una próxima nueva Edad Media, como señala Umberto Eco, o hacia un eco-espasmo, en términos de Alvin Toffler.

Existen, sin embargo, visiones más esperanzadas también en los '70. De todos esos trabajos, sin embargo, destacaré uno en especial, *El nacimiento de la sociedad post-industrial*, de Daniel Bell. El futuro que nos ofrece Bell es el de una sociedad más racionalizada, más basada en el conocimiento científico, en la que la tecnología resolverá los principales problemas de la humanidad, y en la que los tecnócratas gobernarán unas sociedades más igualitarias en donde la movilidad social se basará en el mérito de cada cual.

La verdad es que Daniel Bell no parece ser un profeta afor-

tunado. Hace unas dos décadas nos anunciaba el *Fin de las ideologías* precisamente cuando éstas irrumpían nuevamente en las sociedades occidentales a través de movimientos radicales basados en Mao, en Marcuse y otros que cristalizaron en el mayo francés del '68 y en movimientos similares en otros países occidentales. Y luego nos anuncia la próxima aparición de la sociedad post-industrial, en un libro que termina en marzo de 1973, precisamente unos meses antes de la primera crisis del petróleo que habría de configurar toda una nueva época en las relaciones económicas internacionales y en los pronósticos sobre el futuro de la humanidad.

Otros tuvieron más suerte o más capacidad de anticipar el futuro. En 1972 se publicaba el Primer Informe del Club de Roma, *Los límites del crecimiento*, fruto del trabajo de varios años de un equipo del MIT dirigido por Meadows, y que se había basado en un modelo mundial preliminar de Forrester. Fue el primer aldabonazo de impacto mundial sobre la grave crisis que amenaza a la humanidad en su conjunto, y representaba un audaz enfrentamiento con los futuros más optimistas de Kahn y Wiener o de Bell.

Los autores del informe se basan generalmente en proyecciones de crecimiento exponencial, y pretenden señalar los medios para lograr un sistema global de equilibrio. Sus principales conclusiones pueden resumirse así: 1) Si se mantienen las tendencias actuales de crecimiento de la población mundial, industrialización, contaminación ambiental, producción de alimentos y agotamiento de los recursos, este planeta alcanzará los límites de su crecimiento en el curso de los próximos cien años. El resultado más probable sería un súbito e incontrolable descenso tanto de la población como de la capacidad industrial; 2) Es posible alterar estas tendencias de crecimiento y establecer una condición de estabilidad ecológica y económica que pueda mantenerse durante largo tiempo. El estado de equilibrio global puede diseñarse de manera que cada ser humano pueda satisfacer sus necesidades materiales básicas y gozar de igualdad de oportunidades para desarrollar su potencial particular; 3) Si los seres humanos deciden empeñar sus esfuerzos en el logro del segundo resultado en vez del primero, cuanto más

pronto empiecen a trabajar en ese sentido, mayores serán las probabilidades de éxito.

Este primer informe del Club de Roma levantó una gran polémica, destacando, entre otras, la crítica científica que un grupo dirigido por Cole publicó bajo el título de *Pensando sobre el futuro*. En dicho trabajo los autores afirman que los pronósticos sobre el futuro del mundo son muy sensibles a ciertos supuestos clave, y que los supuestos del MIT son indebidamente pesimistas. Concluyen afirmando que no hay razones para la ansiedad, pero tampoco para la tranquilidad.

Preocupado por las críticas recibidas, el Club de Roma se había reunido en Tokyo el 24 y 25 de octubre de 1973 para examinarlas y, en su caso, elaborar un nuevo informe. Pues bien, la primera crisis del petróleo, plasmada en una subida en el precio de los crudos sin precedentes, estalló en plena reunión. El Club, dicho sea de paso, se ratificó en sus tesis fundamentales y Meadows respondió a sus críticos directamente en la obra colectiva *¿Qué límites?*, en la que Peccei y Sielbker llegan a una conclusión con la que desearía mostrar mi total acuerdo como sociólogo. En efecto, afirman que antes de alcanzar los límites materiales, los límites económicos, seremos detenidos por la inadaptación política y social de nuestras sociedades. Como luego intentaré demostrar, puede que los conflictos sociales previsibles sean de tal magnitud que los problemas económicos pasen a un segundo plano.

El segundo informe del Club de Roma, elaborado en 1974 por Mesarovic y Pestel y publicado en España bajo el título de *La Humanidad en la encrucijada*, llega a las siguientes conclusiones: 1) Las crisis actuales no son fenómenos pasajeros; 2) la resolución de estas crisis sólo puede hacerse en un contexto global y a largo plazo, mediante el establecimiento de un nuevo orden económico mundial; 3) las medidas tradicionales aisladas, especialmente las económicas, no llevan a soluciones, y 4) es más fácil resolver las crisis mediante la cooperación que mediante el conflicto. Lo original de este trabajo es que, junto a las recomendaciones usuales de orden económico, los autores incluyen ciertos cambios necesarios de actitudes y valores, como los de promover una conciencia mundial, definir nuevas reglas

de conducta para la utilización de los recursos naturales, tender hacia la armonía y no hacia la dominación en las relaciones con la naturaleza, y promover la identificación con las generaciones futuras.

Después de éste aparecieron tres informes más, en los que se analizan las medidas que se deben adoptar para lograr una sociedad más justa, más equitativa y más pacífica, otro centrado en las posibilidades que la ciencia y la tecnología ofrecen para salir de la crisis mundial, y, finalmente, el quinto, que analiza cuáles son las metas que se han marcado las diferentes regiones, ideologías y religiones del mundo, con el fin de encontrar lo que tienen de común entre sí, que pueda servir de base para iniciar lo que el autor denomina una «revolución de solidaridad mundial».

De estos y otros informes se pueden extraer algunas conclusiones comunes. La principal de todas ellas es la toma de conciencia de que, en la actualidad, existe una enorme interdependencia entre las economías de todos los países del mundo, entre los diferentes sectores de la economía, y entre los aspectos económicos y sociales, lo que hace que cualquier política particular requiera ser formulada en un contexto muy globalizado si se desea que tenga ciertas probabilidades de éxito.

La situación actual del mundo y su futuro previsible

La población actual del mundo se estima en alrededor de 4.400 millones de habitantes, de los cuales 1.800 habitan en centros urbanos y 2.600 en núcleos rurales. Considerando la distribución entre países desarrollados y países en vías de desarrollo, 1.200 millones corresponderían a los primeros, y 3.200 a los segundos. La tasa de crecimiento de la población mundial durante esta última década ha sido de tal magnitud que permitiría duplicar la población en unos 36 ó 37 años; se trata de una tasa considerablemente alta, y las previsiones para las dos próximas décadas son sólo algo inferiores. Más importante es el hecho de que la tasa de crecimiento de la población urbana ha sido aún más alta, tres veces superior a la de las áreas rurales. Por otra parte, mientras que los países desarrollados crecen

muy lentamente o incluso no crecen, los que están en vías de desarrollo tienen un crecimiento rápido e incluso muy rápido.

Todas las investigaciones más fiables conducen a pronósticos similares. Para dentro de veinte años, es decir, para el año 2000, se espera una población mundial de 6.200 millones, un 50 por 100 más que la población actual. En sólo veinte años la población del mundo habrá crecido en 2.000 millones, que era la población total del mundo en 1930. Pienso que muchos, al hablar de cifras de población, no llegan a comprender realmente el significado de las mismas. Pues bien, de esos 6.200 millones de habitantes previsibles en el año 2000, por primera vez en la historia de la humanidad, algo más de la mitad estará viviendo en centros urbanos. Pero, además, la población de los países en vías de desarrollo estará próxima a los 5.000 millones de habitantes, es decir, más que toda la población mundial ahora, en 1980.

Tal y como se puso de relieve hace dos meses en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre *La población y el futuro urbano*, se espera que en el año 2000 haya en el mundo 60 ciudades con más de cinco millones de habitantes cada una, de las cuales sólo cinco corresponderían a América del Norte y sólo ocho a Europa, lo que significa que las restantes 47 ciudades corresponderían, salvo excepciones, a países en vías de desarrollo. ¿Pueden ustedes imaginar que, dentro de sólo veinte años, el mismo período que nos separa de 1960, la ciudad de México tendrá 32 millones de habitantes, sólo unos cinco millones menos que toda España en la actualidad? ¿Pueden imaginar a la India con seis ciudades de más de cinco millones, que en conjunto sumarán 73 millones? ¿Y tres de esas ciudades en Pakistán, dos en Corea, dos en Vietnam, etc.?

Cuando hace veinte años comentábamos en círculos más o menos académicos los cambios que se iban a producir en las décadas posteriores, se pensaba que el futuro estaba muy lejos. Pero el futuro está aquí, y ha superado las previsiones. Y otros veinte años pasarán tan rápido como los últimos veinte años. Y las decisiones hay que tomarlas ya, porque si no, no habrá tiempo. Hace veinte años, la población de los países en vías de desarrollo era aproximadamente el doble que la de los paí-

ses desarrollados. Hoy, en 1980, es el triple. En el año 2000 será casi el cuádruple.

Había entonces quienes decían que la preocupación por los temas demográficos era sólo de los malthusianos-capitalistas (olvidando, por otra parte, que son las repúblicas populares socialistas las que tienen tasas de crecimiento más próximas a cero). Pero hoy resulta difícil negar que los problemas principales de la humanidad se sintetizan en el trinomio crecimiento de la población, disminución de los recursos y degradación del medio ambiente (físico y sociocultural).

El informe de las Naciones Unidas sobre la Situación social del mundo en 1978 es revelador, especialmente por lo que tiene de ideológicamente neutral. En él se afirma que «las condiciones de vida en las diversas partes del mundo, hacia 1978, presentan tantos contrastes como al comienzo del decenio de 1970». Las diferencias se han mantenido e incluso han aumentado en muchos indicadores, que no repito para no cansarles, aunque quisiera destacar que se estima en un 40 por 100 de la mano de obra de la población que está en paro o subempleada en los países en vías de desarrollo.

La situación social del mundo en la actualidad, y en lenguaje asequible, puede caracterizarse de la siguiente forma:

1. La población continúa creciendo a un ritmo muy elevado, especialmente en los países en desarrollo, lo cual es un obstáculo para el propio desarrollo y para la reducción de diferencias entre países.
2. La población se concentra de manera alarmante en las ciudades, agudizando las demandas de equipamiento y servicios urbanos, y acumulando masas de desempleados, especialmente jóvenes, que constituyen un caldo de cultivo apropiado para movimientos sociales potencialmente muy conflictivos y radicalizados, así como para comportamientos marginales como la delincuencia y la drogadicción.
3. Ha aumentado la fuerza de trabajo, pero también ha aumentado considerablemente el desempleo y el subempleo, especialmente en los países en vías de desarro-

- llo, y especialmente entre las mujeres y los jóvenes.
4. Gran número de personas, especialmente en los países en desarrollo, no sólo no tienen empleo, sino que, como consecuencia de ello, tampoco tienen acceso a los bienes de consumo, a los servicios públicos, y se puede afirmar que viven en la pobreza.
 5. El producto interno bruto *per capita* en 1975 era unas 30 veces superior en los países más desarrollados que en los más pobres. De igual manera, el consumo privado *per capita* era unas 25 veces más alto.
 6. Las desigualdades de ingresos entre grupos sociales dentro de cada país siguen siendo mayores en los países en vías de desarrollo, y mayores en las zonas urbanas que en las rurales.
 7. La mayoría de los países han realizado grandes esfuerzos para incrementar sus prestaciones de servicios sociales, especialmente en lo que se refiere a educación, sanidad, medio ambiente, vivienda, etc. Sin embargo, el aumento de las expectativas de la población ha sido tan fuerte, y el crecimiento de la población tan alto, que esos incrementos en las prestaciones han resultado, en la mayoría de los casos, insuficientes, y en muchos de ellos, tan insuficientes que han significado realmente una disminución cuantitativa y/o cualitativa en las prestaciones.
 8. A pesar de las reiteradas alusiones a la necesidad de lograr un desarme mundial, los gastos actuales en armamento, en todo el mundo, suman unos 250.000 millones de dólares, cantidad equivalente a 2/3 del PNB de los países que componen la mitad más pobre de la población mundial.

En resumen, el balance sobre la situación social actual no es muy tranquilizador. Pero ¿cuál es el futuro previsible a nivel mundial? Pues bien, según el *Informe global 2000* preparado para el Presidente de los Estados Unidos por un enorme grupo de científicos, «si continúan las actuales tendencias, el mundo del año 2000 estará más abarrotado de gente, más con-

taminado, será menos estable ecológicamente y más vulnerable a los conflictos que el mundo en que vivimos ahora. Son claramente previsibles importantes tensiones que afectarán a la población, a los recursos y al medio ambiente. Aunque aumentará la producción material, los habitantes del planeta serán más pobres en muchos aspectos de lo que lo son hoy».

Según este informe:

1. La tasa de crecimiento de la población seguirá siendo alta, lo que representará un incremento de unos 100 millones de habitantes anuales, de los cuales 90 corresponderán a los países más pobres.
2. Aumentarán las actuales diferencias de riqueza y bienestar entre países pobres y países ricos.
3. La producción de alimentos aumentará sólo un 15 por 100 *per capita* entre 1970 y el año 2000, pero la mayor parte de ese incremento irá a parar a los países desarrollados, al tiempo que se prevé que los precios de alimentación se dupliquen.
4. Las tierras cultivables aumentarán sólo en un 4 por 100 en ese período.
5. La producción de petróleo se aproximará a su máxima capacidad a pesar de los aumentos de precios que, por otra parte, implicarán muy graves dificultades para los países pobres.
6. Las necesidades de madera como fuente de energía superarán a la oferta en un 25 por 100.
7. Habrá menos agua. La escasez de agua en algunas regiones será todavía más aguda, y el desarrollo de nuevos abastecimientos de agua será crecientemente más caro en todas partes.
8. Se reducirán drásticamente las reservas forestales, aumentará el deterioro de los suelos agrícolas a causa de la erosión, de la pérdida de materia orgánica, de la desertificación, de la salinización, etc.
9. Aumentará la contaminación atmosférica por dióxido de carbono y ozono hasta el punto de afectar de forma importante al clima.

10. El 20 por 100 de todas las especies vegetales y animales (es decir, unas 500.000 especies) desaparecerán totalmente de la tierra.
11. En resumen, en el año 2000 habrá más población, menos recursos y más degradación ambiental. Se está alcanzando el techo máximo de la población para la tierra estimado de acuerdo con la tecnología y los recursos que ahora se conocen, lo que hace prever aumentos en el hambre, la enfermedad y los conflictos sociales, en toda la tierra.

La única solución posible a estos problemas, concluyen los autores de este minucioso y serio informe, es la adopción, en cada país, de medidas muy duras para enfrentarse a la pobreza, a la injusticia y a los conflictos sociales, y, a nivel internacional, incrementar al máximo la cooperación y la interdependencia.

Otro informe internacional reciente, el *Interfuturos*, concluido por la OCDE hace apenas un año, presenta seis posibles escenarios basados en cuatro series de hipótesis relativas a las relaciones entre países desarrollados, a la evolución interna de las sociedades desarrolladas, a la evolución de las productividades relativas y a las relaciones entre países desarrollados y países en vías de desarrollo.

De los seis escenarios posibles, el primero se caracteriza por un crecimiento fuerte en un mundo abierto. Otros tres se caracterizan por diversas modalidades de crecimiento moderado. El escenario quinto se basa en la ruptura Norte-Sur. Y el sexto, en la fragmentación proteccionista del mundo.

Sólo dos de ellos, sin embargo, tienen bastante plausibilidad, según los autores del informe: el escenario II y el IV. El segundo prevé para el año 2000 un crecimiento de casi 3 por 100 de la producción mundial y una duplicación de la renta *per capita*, una reducción de la proporción correspondiente a los países de la OCDE en el PIB mundial y un incremento en la renta *per capita* del Japón, que llegaría a sobrepasar ligeramente a la de USA y abundantemente a la de la CEE. Este escenario, sin embargo, parece inestable, puesto que un creci-

miento moderado se acomoda mal a la libertad de cambio, y puede desembocar en muy variadas formas de proteccionismo.

En cuanto al IV escenario difiere poco del anterior. Aunque Japón y el Sudeste asiático representan una proporción algo mayor del PIB mundial, sigue sin producirse el «basculamiento» del Atlántico al Pacífico.

Estos dos escenarios más probables según sus autores tienen en común tres de las cuatro hipótesis. Sólo difieren en la hipótesis relativa a la productividad; mientras que en el II éstas son convergentes, en el IV son divergentes (no se esperan debilitamientos en la productividad japonesa). Pero ambos tienen una importante hipótesis común: los conflictos entre grupos sociales; a decir verdad, cuatro de los seis escenarios mundiales comparten esa hipótesis.

Son muchos los autores que prevén una alta plausibilidad al incremento de conflictos sociales intra-nacionales e internacionales en el futuro, consecuencia de las condiciones que antes he expuesto. Entre ellos, por ejemplo, Heilbroner, afirma en su *Estudio de la perspectiva humana* que padecemos un «malestar de la civilización», que «estamos entrando a un período en el que el rápido crecimiento de la población, la presencia de armas devastadoras y la disminución de recursos pueden llevar las tensiones internacionales a niveles peligrosos durante un prolongado lapso».

Lo preocupante, sin embargo, es que Heilbroner, como otros autores, deduce de lo anterior que nos encaminamos hacia sociedades más autoritarias y menos democráticas. En sus propias palabras, «la presión política en tiempos de guerra, de conmoción civil, o de ansiedad general, empuja hacia la autoridad, no en dirección contraria».

De lo que no cabe duda, es de que las tensiones sociales que se puedan derivar de la actual situación van a producir cambios muy importantes en las instituciones sociales, sean éstas la familia, el gobierno o la empresa, entre otras. De hecho, muchas de estas transformaciones se están produciendo ya. Alvin Toffler, en su *Schock del futuro*, se basa en el cambio social acelerado como principal dimensión caracterizadora del mundo actual, y a través de los conceptos de transitoriedad

y novedad hace un análisis muy sugestivo sobre los cambios aparecidos y previsibles en la sociedad actual.

Pero también Hirsch, en sus *Límites sociales al crecimiento*, y Bennett, en uno de sus últimos trabajos sobre «La Ecología Humana como Comportamiento Humano», insisten sobre las consecuencias de la actual crisis en los aspectos sociales y de la vida cotidiana. La escasez, dirá este último, caracterizará a la sociedad en un próximo futuro, pero será una escasez, en muchos casos, basada en la abundancia. En efecto, se ha aceptado generalmente que cuando un individuo satisface alguna necesidad lo hace a costa de la no satisfacción de algún otro individuo. Pero este concepto de escasez, que era apropiado sobre todo en relación con los bienes materiales, es ampliable también a los no-materiales, especialmente a situaciones de bienestar. Por ejemplo, cuando la abundancia de la sociedad de consumo y el crecimiento económico permiten a más individuos disfrutar de vacaciones en la playa, la aglomeración que se produce en ciertos lugares impide a todos y cada uno de ellos disfrutar realmente de la situación que buscaban. Como dice Bennett, el individuo está frustrado por escasez, pero procura aliviar su frustración mediante bienes escasos.

En cualquier caso, la previsible situación de escasez de recursos con la que probablemente se tendrá que enfrentar la Humanidad, según se desprende de los diferentes informes comentados, puede tener diferentes soluciones alternativas: 1) establecer mecanismos regulatorios cada vez más fuertes, con el fin de controlar nuestro consumo personal, nuestro uso de recursos, y eventualmente nuestros deseos y necesidades; 2) dejar que las cosas sigan más o menos como hasta ahora, permitiendo que el crecimiento continúe funcionando con sólo un desarrollo moderado de la regulación, y permitir que se manifiesten los límites sociales al crecimiento de Hirsch; y 3) investigar para llegar a una nueva definición moral de necesidades y del uso humano de la tierra y de sus productos.

En las actuales circunstancias, y ante el futuro previsto, hago mía la afirmación de Bennett de que «cada país, cada individuo, tendrá que experimentar privaciones y frustraciones

antes de que se pueda llegar a controlar el crecimiento, y esto llevará mucho tiempo».

La situación actual de España y su futuro previsible

Cuando uno se enfrenta con el problema concreto de España, lo primero que resalta es el hecho de que son muy escasos los estudios o informes que existen sobre nuestro futuro.

En cualquier caso, sabemos que la población total española era en 1970 de unos 34 millones, y que en 1980 es aproximadamente de 37 millones. Nuestra tasa de crecimiento es baja, aproximadamente la mitad del promedio mundial, aunque algo superior al promedio europeo, de forma que produciría una duplicación de la población cada setenta u ochenta años. Bajo estos supuestos de crecimiento, la población española podría llegar a los 43 millones de habitantes en el año 2000, es decir, sólo seis millones más que en la actualidad.

Pero, si bien el crecimiento total de la población no será en sí un serio motivo de preocupación, la progresiva concentración de la población en centros urbanos puede que sí lo sea. En efecto, la tasa de crecimiento de la población urbana es ahora más de dos veces la correspondiente a la población total, y se prevé que continúe siendo próxima al doble hasta el año 2000. Así, de los 43 millones de habitantes previstos para el año 2000, 36 probablemente estarán viviendo en núcleos urbanos, es decir, en municipios de 10.000 habitantes o más, y sólo 7 millones residirán en áreas rurales. Puesto que ahora, en 1980, del total de 37 millones de habitantes, hay 28 que residen en áreas urbanas y 9 en áreas rurales, la conclusión resulta evidente: el crecimiento de la población urbana entre 1980 y el año 2000 no sólo absorberá los 6 millones de crecimiento total de España, sino otros 2 millones que perderán las áreas rurales.

La proporción que la población urbana representa sobre la población total habrá pasado, por tanto, desde un 56 por 100 en 1960 a un 74 por 100 en 1980, y a un 83 por 100 en el año 2000. Más de la mitad de la población española, en el

año 2000, vivirá en áreas urbanas de más de 10.000 habitantes.

Respecto al crecimiento de la población de España en los próximos veinte años, se puede afirmar que no es un factor de preocupación. Lo que sí es preocupante es el rápido crecimiento previsible de la población urbana, pues ello implica que habrá que crear, en esos núcleos urbanos, el equipamiento y los servicios urbanos correspondientes a ese crecimiento, y a un ritmo incluso superior si se quieren reducir los déficits existentes en la actualidad.

De continuar las tendencias de crecimiento actuales, puede esperarse que la población española continúe concentrándose básicamente en las costas y en el área metropolitana de Madrid. En el año 2000, aproximadamente un 25 por 100 de la población total de España residirá en Madrid y Barcelona, es decir, uno de cada cuatro españoles vivirá en una de esas dos ciudades. Y uno de cada dos ciudadanos vivirá en alguna de las 25 ciudades de 100.000 habitantes o más. Si no ponemos remedio a esta situación, los actuales desequilibrios demográficos en las diferentes regiones españolas no sólo no se reducirán, sino que posiblemente aumentarán.

No creo que la nueva configuración territorial, basada en las comunidades autónomas, constituya por sí misma una solución a estos desequilibrios demográficos, a no ser que vaya acompañada por una decidida política de solidaridad interregional que distribuya más equitativamente las inversiones, y por tanto, la creación de puestos de trabajo.

La población española, que ha tenido en estas últimas décadas una estructura más joven que la de los países occidentales, probablemente continúe teniéndola en los próximos veinte años. Con más de un 25 por 100 de la población menor de quince años, y más de un 10 por 100 de población de 65 y más años, la proporción de población potencialmente activa es inferior a la de otros países occidentales. Ello significa que habrá que continuar prestando una atención muy especial a la creación de puestos de enseñanza en los diferentes niveles educativos, y a la creación de puestos de trabajo especialmente

para los jóvenes que se incorporen por vez primera a la población activa.

La situación actual de España es suficientemente conocida por todos como para tener que describirla en detalle. Me referiré, sin embargo, a algunas cuestiones concretas.

Los problemas de recursos naturales son semejantes a los de Europa Occidental, si bien algunos como la erosión y desertificación o la salinización de nuestros suelos están más agudizados en zonas de la vertiente mediterránea.

El recurso agua es fundamental y en España está mal repartido en el tiempo y en el espacio. Hay cuencas excedentarias y otras deficitarias. El mayor potencial agrícola —gran consumidor de agua— está situado en la España seca y también se han ubicado junto a la costa mediterránea grandes núcleos de población y el 70 por 100 de nuestra industria turística, sin que dispongamos de los recursos hídricos necesarios.

Otro problema ambiental de gran trascendencia es el de los recursos forestales. Cada año arden muchas hectáreas de las que se repueblan, lo que a medio plazo puede dar lugar a fenómenos de erosión y alteración de la cubierta vegetal. Ello producirá una pérdida de recursos forestales, en momentos en que la madera va teniendo creciente importancia.

La contaminación atmosférica de las grandes ciudades y las áreas industriales requiere igualmente muchos más esfuerzos que los que está dedicando la sociedad española.

Finalmente, muchos de los espacios naturales de gran valor ecológico se están deteriorando y es momento de no aplazar más las medidas de protección que dichos espacios necesitan.

Pero si es cierto que existen problemas, también es verdad que hay soluciones para ellos, aunque no sean ni sencillas, ni baratas, ni rápidas, por lo que con una visión realista hay que plantear su solución en un plazo de diez a quince años, empezando por abordar prioritariamente los problemas más graves en las zonas más degradadas.

España, al aprobar la Estrategia Nacional de Conservación de los Recursos, el pasado mes de junio, ha sido uno de los primeros países que asumió la Estrategia Mundial con el fin de lograr un desarrollo sostenido y equilibrado.

La década de los 60 fue una década de rápido crecimiento económico, consecuencia en parte del desarrollo que se había producido en todo el mundo occidental. La combinación de un conjunto de factores, como el aumento de la inversión pública y privada, el incremento de la productividad, los ingresos por turismo y por las remesas de los emigrantes, etc., produjeron un crecimiento económico hasta entonces desconocido. Aunque no se dispone de estudios que permitan excesivas comparaciones temporales, los datos disponibles parecen permitir afirmar que mejoró la distribución de la renta, en el sentido de reducir las diferencias entre unos grupos sociales y otros. El indudable crecimiento de las clases medias urbanas constituye, en este sentido, uno de los mejores indicadores que se podrían utilizar.

Aunque había subempleo y paro encubierto, es cierto que los niveles de paro eran muy bajos, próximos al 2 por 100. Los cambios económicos y sociales acaecidos durante esta década permitieron afirmar que España estaba entrando en la etapa de consumo de masas. Todos los estudios aportaban evidencia del importante cambio económico y social, y ello se reflejó también en profundos cambios de actitudes, como demostraban una y otra vez los recientemente iniciados sondeos de opinión.

La década de los '60 fue, por tanto, la década del cambio económico y social hacia una sociedad industrial y moderna. Pero no fue la década del cambio político. Es inútil plantearse ahora qué habría pasado si el cambio político se hubiese realizado también en esa década; la historia es irrepetible.

De hecho, el cambio político se produjo en la década de los 70, coincidiendo con la crisis económica mundial. La crisis de gobierno del 69 puso de manifiesto de forma pública, por vez primera, la existencia de desacuerdos y tensiones importantes dentro de los grupos ideológicos que componían el anterior régimen. En el otoño de 1973 se producía la primera crisis energética importante, con aumentos en los precios del petróleo que afectaron de manera extraordinaria a las economías occidentales. En España, sin embargo, se intentó ocultar los efectos de esa crisis, para evitar provocar tensiones sociales

que se sumarían a las tensiones políticas existentes. En efecto, en diciembre de 1973 moría asesinado Carrero Blanco, y los años 74 y 75 fueron de debilidad e indecisión política creciente como consecuencia del final previsible del régimen de Franco.

Desde enero de 1976, los cambios políticos que, conjuntamente, hemos dado en denominar «transición política», han dominado la escena española, relegando en cierto modo a un segundo plano los problemas económicos y sociales. En cinco años se ha logrado una normalización de la vida política española, haciéndola más o menos semejante a la de los demás países occidentales. En estos cinco años se legalizaron todos los partidos políticos, se concedieron varias amnistías e indultos, se suprimieron las estructuras del partido único y del sindicato único, se elaboró una Constitución, se celebraron dos *referenda*, dos elecciones generales, unas elecciones municipales y varias elecciones sindicales, etc. Por muchos que sean los errores que se hayan podido cometer en este proceso de transición, creo que sería injusto negar que los cambios realizados son los que mayoritariamente quería y quiso la gran mayoría de la sociedad española. ¿Quién habría firmado, en noviembre de 1975, este futuro a sólo cinco años? En esas fechas, los escenarios más frecuentes, entre aquellos que hacían prospectiva más o menos «de salón», se parecían más al cambio «a la portuguesa» o al inmovilismo del «franquismo sin Franco». Pocos confiaban, realmente, en un tránsito político pacífico y sin traumas. Lo cual no quiere decir que la transición haya estado exenta de problemas o de errores. Pero el balance es positivo, y posiblemente lo habría sido más si la situación económica internacional no hubiese sido tan desfavorable.

La situación política, como he dicho, condicionó la falta de adopción de medidas económicas adecuadas a la crisis energética en los años 1973 a 1976, y fue sólo después cuando éstas comenzaron a adoptarse, con grandes dificultades de aceptación por parte de la sociedad española. En efecto, las medidas adoptadas por los sucesivos gobiernos se vieron contes-

tadas por los partidos políticos de la oposición y por las centrales sindicales.

En realidad, cuando durante años se le había dicho a la sociedad española que con la democracia se viviría mejor, resultaba muy duro confrontarles con la realidad de que se iba a vivir en ciertos aspectos peor, aunque ello se debiese a la crisis económica internacional, y no necesariamente a los cambios operados en las estructuras políticas. Es lógico, por otra parte, que los partidos de la oposición hayan intentado responsabilizar exclusivamente al Gobierno; están en su papel. Pero no es tan lógico que los ciudadanos nos lo vayamos a creer. Es un hecho cierto, comprobable, que la economía de todos los países occidentales ha sufrido un serio frenazo a su crecimiento a partir de la primera subida del precio de los crudos en 1973; es un hecho que las tasas de crecimiento del PNB son en todos esos países muy bajas, próximas a cero; es un hecho que en todas esas economías los dos problemas principales son la inflación y el paro. No es, pues, de extrañar que esos problemas se hayan presentado también en España. Y reconocer esto no significa descartar que, además, se hayan podido cometer errores. Pero lo que quiero recalcar es que, aun sin errores, la problemática española sería básicamente la misma: inflación y paro sin precedentes en nuestra historia más próxima.

Lo que ha sucedido es que la sociedad española no estaba en su mejor disposición para aceptar la realidad de esta problemática lo cual ha agravado aún más la solución de esos problemas. Veamos algunas actitudes y valores paradigmáticos.

En primer lugar, pienso que la sociedad española ha logrado una cierta homogeneización en su *standard* de vida, mientras subsisten importantes diferencias en el nivel de vida, lo cual provoca frustraciones por necesidades no satisfechas. Quiero aclarar que por *standard* de vida me refiero al conjunto de bienes y servicios al que se aspira, al modo de vida que se pretende lograr, mientras que el nivel de vida sería el conjunto de bienes y servicios de los que se disfruta realmente. Tradicionalmente los grupos sociales mostraban importantes diferencias en su nivel de vida, pero también en sus *standards* de

vida, de forma que la discrepancia entre ambos era relativamente similar en los diferentes grupos sociales. Actualmente, los medios de comunicación social, al difundir el modo de vida de la clase media urbana, han logrado homogeneizar a la población en cuanto al *standard* de vida aceptado, pero como subsisten diferencias en el nivel de vida real, la consecuencia es una mayor insatisfacción social, especialmente en ciertos grupos (las clases menos favorecidas, los inmigrantes en las ciudades, los parados, los jóvenes en general, etc.), todos los cuales encuentran o esperan encontrar dificultades para acomodar su nivel de vida al *standard* que se han formado.

En segundo lugar, el desarrollo económico de los '60 permitió a amplios sectores sociales acceder a unos niveles de consumo hasta entonces desconocidos e inimaginables, al tiempo que permitía igualmente un aumento de los depósitos de ahorro. El español medio comenzaba a disponer de cierta cantidad de ahorro y a convertirse en pequeño accionista. Pero la crisis económica ha interrumpido esa tendencia, y no es difícil explicar que el español medio se haya negado a reconocer la realidad. Por ello, ha continuado, mientras eso ha sido posible, manteniendo las pautas de consumo a que se había acostumbrado; pero para hacerlo, ha tenido que utilizar poco a poco sus reservas de ahorro. Y es ahora cuando se detectan de forma más clara síntomas indudables de disminución real del consumo en sectores cada vez más amplios de la población. Pienso que es fácil comprender que esa disminución del consumo, obligada y no voluntariamente realizada, no producirá precisamente reacciones de entusiasmo, especialmente en las clases medias urbanas.

En tercer lugar, y ligado a lo anterior, se puede considerar el cambio de valores respecto al trabajo en sí. La sociedad española no ha sido nunca un ejemplo de sociedad apegada a la «ética protestante» que, según Max Weber, explica el origen y desarrollo del capitalismo; por el contrario, el trabajo fue más bien considerado, acorde con la ética católica, un castigo que el hombre había merecido al ser expulsado del Paraíso. Sin embargo, durante las décadas '50 y '60 los españoles habían logrado asimilar los valores propios de una sociedad en des-

arrollo, de forma que la «motivación de logro» de la que hablaba Mc Clelland estaba presente en nuestra sociedad en mayor medida que en muchas de las sociedades occidentales. El «joven ejecutivo, dinámico y agresivo, con capacidad de gestión» se convirtió, en los años '60, en el modelo paradigmático del nuevo español. Pero también en esto hemos cambiado. La mayor facilidad y rapidez de comunicación con nuestro mundo exterior ha permitido que las nuevas corrientes anti-consumistas y neo-hedonistas arraiguen pronto entre nosotros, traduciéndose no tanto en una disminución del consumo como en una disminución del trabajo. Debemos reconocer que, colectivamente, trabajamos menos, cuantitativa y cualitativamente, que hace diez o quince años. No es extraño que nuestra productividad haya disminuido.

En cuarto lugar, la sociedad española ha vivido en las últimas dos o tres décadas más transformaciones que en varios siglos. Desde comienzos de la década de los '60 se han acelerado y multiplicado los cambios económicos, políticos y sociales, aproximando todas nuestras estructuras sociales básicas a las de otros países occidentales. Pero estos cambios no se han realizado sin costes para el individuo y para algunas instituciones llamadas básicas. Se han producido cambios muy importantes especialmente en las instituciones que, en la jerga sociológica, se conocen como principales agentes en el proceso de socialización del individuo. Por una parte, la familia, cuya estructura y dinámica ha reflejado otros cambios sociales: el nuevo papel social de la mujer, las nuevas pautas de formación y disolución de las parejas, las nuevas relaciones dentro de la pareja, las nuevas relaciones intergeneracionales entre padres e hijos, la aparición de nuevos problemas sociales en relación con las personas que pertenecen a la tercera edad, son sólo algunos de los cambios observables en la familia española. Por otra parte, las instituciones educativas se han transformado profundamente en poco tiempo, en lo que respecta al reclutamiento del estamento docente y discente, a las relaciones entre esos dos estamentos, y a las relaciones entre las instituciones educativas y la sociedad. También asistimos a un fenómeno muy extendido entre la juventud: el del llamado «pa-

sotismo», que implica un total desinterés por las cuestiones sociales, políticas y de carácter colectivo en general. Pero no toda la juventud «pasa». Se están dando cada vez con mayor frecuencia, a nivel de vida cotidiana, soluciones alternativas a problemas tradicionales. Finalmente, en este rápido comentario, hay que destacar el profundo proceso de secularización en la vida española, con cambios muy radicales en actitudes y prácticas religiosas que, sin lugar a dudas, están teniendo efectos muy importantes en la configuración de los nuevos españoles.

En estos últimos años las preocupaciones de los españoles se centran, especialmente, en varios problemas: paro, coste de la vida y precios (es decir, inflación), seguridad ciudadana y terrorismo. Los dos primeros son, en buena parte, consecuencia de la crisis económica internacional, aunque puedan también reconocerse causas internas. Pero es que el tercer problema, el de la seguridad ciudadana y violencia, es igualmente un problema en la mayor parte de las sociedades occidentales desarrolladas, aunque podamos también encontrar explicaciones internas atribuibles a nuestro proceso de cambio. Me ratifico así en la hipótesis formulada al principio, que España, como sistema social más o menos autárquico y autosuficiente, es, sin embargo, tan interrelacionado y tan interdependiente con las demás sociedades occidentales, que sus problemas son también, básicamente, nuestros problemas, y su futuro será, básicamente, nuestro futuro.

Dentro de la escasez de estudios prospectivos en España, tenemos la suerte de contar desde hace pocas semanas con uno especialmente importante y de alta calidad. Me refiero a la aplicación a España del *Proyecto Interfuturos*, antes mencionado, y que ha sido elaborado por Emilio Fontela y un equipo de colaboradores del extinto Instituto Nacional de Prospectiva bajo el título de *España en la década de los ochenta*. El prurito de ser original no debe impedirme, sin embargo, hacer una referencia a sus principales conclusiones.

El estudio contempla tres escenarios previsibles. El primero, que más o menos supone una continuación de las tendencias observadas en España y en el mundo durante los años setenta —crisis del sistema monetario, crisis energética y cam-

bio en el sistema de valores sociales—, conduce a una progresiva fragmentación social y a una mayor conflictividad laboral y social en general; sus consecuencias principales son algo menos de paro, menos productividad, menos consumo privado, bajo crecimiento de los salarios reales y menos horas trabajadas. El segundo escenario (más deseable y más probable que el anterior) supone principalmente un incremento de las inversiones públicas, que produciría un incremento en el consumo privado nacional, en la formación bruta de capital, en las exportaciones e importaciones, en la productividad, en el empleo total, y en los salarios reales, así como una disminución algo mayor en el paro y también en el índice de horas trabajadas. El tercer escenario (el más deseable y el menos posible) se basa en una situación internacional muy optimista, que se reflejaría muy intensamente en la economía española.

El estudio define igualmente los catorce problemas principales de la economía española, que me limitaré simplemente a relacionar, al carecer de tiempo para poder comentarlos con mayor profundidad. Son los siguientes: 1) excesiva dependencia tecnológica del exterior; 2) estructuras financieras deficientes; 3) sector exportador poco competitivo; 4) excesiva dependencia energética; 5) producción industrial no diferenciada; 6) dimensión inadecuada y poco competitiva de la empresa; 7) conflictividad y violencia como nuevos valores; 8) desigual distribución de la renta; 9) excesiva rigidez de la legislación laboral; 10) insuficiencia de recursos internos; 11) incapacidad de controlar el sistema monetario interior; 12) incapacidad de los Gobiernos para desarrollar políticas microeconómicas de oferta; 13) incapacidad del sistema para generar pleno empleo; y 14) crecimiento económico lento.

Los autores hacen referencia a dos problemas específicos que serían más o menos compatibles con cada uno de los tres escenarios: la entrada en el Mercado Común y la organización y funcionamiento de las comunidades autónomas. Su conclusión es que ambas cuestiones serían muy difíciles en el primer escenario, bastante compatibles con el segundo, y absolutamente compatibles con el tercero.

La incorporación al Mercado Común, según se desprende

de las últimas declaraciones, podría iniciarse en 1983. No cabe duda que la incorporación provocará cambios económicos y sociales importantes en España, que en cualquier caso significarán un mayor grado de interdependencia con los demás países europeos.

El futuro previsible para España es, pues, en gran parte, el futuro previsible para los países del bloque occidental. Existen temores especialmente respecto al crecimiento económico, y ello debido a la escasez de recursos energéticos propios. El fantasma del paro y el de la inflación van a continuar gravitando sobre el futuro más o menos inmediato de nuestro país, condicionando muchos otros rasgos del futuro previsible.

Concretamente, y como he podido señalar, el crecimiento de la población total no es en sí mismo un problema, como lo es a nivel mundial. Pero la creciente concentración de la población en las ciudades sí planteará problemas de adecuación de las estructuras urbanas al creciente número de habitantes, que, además, y como consecuencia de las expectativas crecientes, esperarán y exigirán más y mejores equipamientos y servicios. Si a eso se añade la incidencia de la problemática económica, en el sentido de reducción del consumo privado, de disminución del ahorro, y de mantenimiento de los altos niveles de paro actuales, no es difícil pronosticar un incremento de los conflictos sociales, especialmente en las grandes concentraciones urbano-industriales.

Con independencia de los problemas que España tiene en común con otros países occidentales, no cabe duda de que existen otros que son específicamente nuestros. Me refiero concretamente al tema autonómico, al fenómeno del terrorismo y al problema de la Universidad.

En cuanto al tema autonómico, no creo decir nada nuevo al afirmar que es, posiblemente, la cuestión más crucial que todavía queda por resolver. Del éxito que se tenga en encontrar el camino adecuado depende, probablemente, el éxito de todo el proceso de transición política.

El fenómeno autonómico es complejo, y en principio, podría parecer que va a contracorriente del proceso general en el mundo hacia unidades políticas supra-nacionales. Sin em-

bargo, incluso desde esa perspectiva la cuestión sería discutible. En efecto, desde los años '60 se planteó en Europa la alternativa para lograr la unidad europea en base a dos opciones: la Europa de las naciones o la Europa de las regiones, cada una de las cuales tiene sus defensores y críticos. De momento, la opción que está desarrollándose, aunque con lentitud y más de un retroceso, es la opción de la Europa de las naciones a través de la Comunidad Económica Europea, a la que España ha mostrado su firme decisión de incorporarse. Diversos estudios e informes a los que antes me he referido parecen insistir en la importancia que sigue teniendo y previsiblemente tendrá la nación como principal protagonista de la escena internacional. No obstante, también es cierto que en estas últimas décadas se ha podido observar cierto resurgimiento de las regiones histórico-culturales en diversos países europeos, como el Reino Unido, Francia, Bélgica e Italia, que, sin poner en entredicho la unidad nacional, buscan dar salida a los sentimientos de identidad regional. Es curioso que los países con estructura federal, Alemania y Suiza, sean precisamente los que tienen menos problemas de reivindicaciones autonómicas. En este sentido, puede que el proceso autonómico español pudiera ser útil para resolver un problema histórico, siempre y cuando no se ponga en peligro la unidad de España, al tiempo que sienta las bases para un eventual mayor protagonismo de las comunidades regionales en la construcción de Europa. Pero, como he dicho, los avances en el proceso autonómico deben ir acompañados, paralelamente, por un reforzamiento de la unidad nacional y ello requiere símbolos nacionales. Es evidente que la Corona constituye no sólo la Institución, sino el símbolo por excelencia de la unidad de España. Pero junto a la Corona es preciso reforzar el valor de otros símbolos. Esta tarea es perfectamente compatible con el respeto y la adhesión a las específicas instituciones y símbolos correspondientes a cada una de las Comunidades Autónomas o Entes Pre-autonómicos. Saber combinar nuestra identidad regional con nuestra identidad nacional será, en último término, la prueba definitiva de que, como pueblo, hemos alcanzado la plena madurez política.

El segundo gran problema específico de España es el terrorismo. No se trata de que otros países no lo tengan también. Se trata de que éste es un fenómeno que no se deriva necesariamente de la crisis económico-social general de los países occidentales. Lamentablemente, el terrorismo en España no está libre de condicionantes territoriales, como sucede en Alemania o en Italia, sino que, bien al contrario, está muy relacionado con una problemática territorial, como en Irlanda o, hasta cierto punto, en Francia.

La lucha contra el terrorismo será una lucha lenta, pero hoy, pasados ciertos confusionismos y superadas ciertas tomas de posición tácticas por parte de algunos grupos políticos, se puede comprobar cómo, día a día, el terrorismo está siendo mayoritariamente condenado, casi unánimemente condenado, por todos los grupos sociales y políticos, incluidos algunos que, en otro tiempo, pudieron haber estado en posiciones relativamente próximas a los terroristas. No se trata en absoluto de minimizar el problema, pues tiene tal magnitud que, por sí solo, puede hacer inviable no sólo el proceso autonómico, sino todo el proceso de transición política. Lo que quiero decir es que, previsiblemente, a medida que se consolide el proceso autonómico el terrorismo irá quedando más y más aislado, dentro incluso de su propio territorio, lo que hará cada vez más difícil su supervivencia.

Finalmente, la cuestión universitaria. Quiero aclarar que mi preocupación por la Universidad, destacándola como uno de los tres problemas específicos de España para el próximo futuro, no se deriva de mi condición de catedrático, sino de un análisis objetivo de las consecuencias sociales, políticas y económicas que su situación provocará necesariamente en el futuro. En efecto, se acepta generalmente que el capital humano es el más importante para el desarrollo de cualquier sociedad. Pues bien, quiero dejar constancia, aprovechando el eco que proporciona esta prestigiosa tribuna, que la sociedad española no se ha ocupado ni se ocupa de su Universidad. Tener una Universidad bien dotada no es un lujo social, es una necesidad imperiosa para garantizar el futuro de esa sociedad. Si nuestra Universidad estuvo generalmente retrasada

con respecto a otros países occidentales, hoy el retraso es mayor. No sólo no se han reducido las diferencias, sino que han aumentado considerablemente. La situación global de nuestra Universidad es absolutamente lamentable, especialmente desde hace algo más de diez años, y sus problemas no se van a arreglar con incrementos salariales o incrementos de plantillas, por necesarios que éstos sean, que lo son. En una consideración de la España previsible como la que aquí he intentado, no puede dejar de producir una grave preocupación la constatación del grave retraso en que nuestras instituciones universitarias se encuentran. Porque, no lo olvidemos, de esta Universidad saldrán los dirigentes y profesionales que tendrán que enfrentarse con los problemas que España tendrá planteados a corto plazo. Quisiera saber transmitirles que, por exagerado que pueda parecer el planteamiento, es un planteamiento realista. Las consecuencias de la deficiente formación de nuestros graduados, sea en el sector que sea, las sufriremos todos. Las consecuencias de la escasa investigación que se realiza en la Universidad las sufriremos también todos. Y, sin embargo, la sociedad española, globalmente, sigue interesándose sólo por los títulos que la Universidad concede. Los rendimientos de la Universidad se producen a medio y largo plazo, pero si la realidad actual es tal y como la conocemos, poco podemos esperar de ella en el futuro. El problema de la Universidad no es tan espectacular como el terrorismo, ni tan coyuntural como el del proceso autonómico. Sin embargo, es mucho más profundo, pues sus consecuencias se seguirán sintiendo durante décadas, ya que afectan a toda nuestra estructura social, económica y política.

Muy resumidamente, casi en forma telegráfica, he pretendido exponer ante ustedes algunos rasgos del futuro previsible para España, partiendo del pasado y del presente, y considerándolo en el contexto del entorno internacional, que es un condicionante de primera magnitud. De acuerdo con mi hipótesis inicial, creo que no se puede hablar del futuro de España si no es en el contexto del futuro del mundo. El futuro inmediato no parece fácil, tanto por lo que respecta al contexto internacional como por lo que respecta a nuestra problemá-

tica específica. Parece muy probable que continúe la crisis económica, y por tanto el paro y la inflación. Parece bastante probable que haya que acomodar a esa situación nuestras anteriores pautas de consumo. Parece igualmente probable que se mantenga o que incluso aumente el actual grado de conflictividad social. Por otra parte, las consideraciones que he expuesto sobre el proceso autonómico, el terrorismo y la situación de nuestra Universidad pueden contribuir a ensombrecer aún más el panorama. Todo ello puede, a su vez, influir sobre las actitudes sociales y los sistemas de valores, provocando cambios en las distintas formas de organización social. Existe un riesgo latente en situaciones como la descrita, y es que paulatinamente el pueblo pierda su confianza en las instituciones democráticas y respalde soluciones más autoritarias. Sin embargo, creo con Eckstein que, si bien son ciertas las tendencias aquí relatadas, no es menos cierto que su reconocimiento generará, posiblemente está generando ya, contratendencias que impedirán que se produzca el futuro previsto. En otras palabras, que esta prospectiva de los años 70 será una «profecía que se autodestruye», en la terminología de Merton, y no una «profecía que se autoconfirma».

Respecto a la tendencia de que una situación de escasez provoque una solución autoritaria, hago mías las palabras de Barrington Moore cuando afirma que «el rasgo redentor incluso de la peor democracia es que ésta lleva incorporado un mecanismo de rectificación, cuya ausencia significa el mayor fracaso aun del régimen autoritario más benigno».

En todo caso, y por lo que respecta a España, pienso que una respuesta adecuada a la problemática planteada consistirá en un incremento de la inversión pública junto con una política de reformas sociales profundas, especialmente en las áreas de educación, sanidad, medio ambiente, vivienda y empleo, junto con una decidida reforma de la administración pública.

Y para terminar, quisiera recordarles el viejo proverbio chino citado por Alvin Toffler en su *Schock del Futuro*: «Profetizar es muy difícil..., sobre todo cuando se refiere al futuro.»